

el Sr. Rector del Seminario Conciliar y Arce-
diano de la Santa Iglesia Catedral Pbro. D.
Florencio Rosas; por los trenes del Ferro-Carril
Central Mexicano hicieron viaje los demás pe-
regrinos desde el día 29 de Junio hasta el 1º
de Julio, habiendo presidido el Ilmo. Sr. Obis-
po el grupo que tomó pasaje la mañana del 30
de Junio, acompañándole la comisión del V.
Cabildo, y el clero y jóvenes del Seminario
Conciliar. Exactamente no podemos dar el
número de peregrinos que nos encontramos
reunidos en el Tepeyac, pero ciertamente fue-
ron más de mil según los datos, y, cómo en
nuestras anteriores, en la presente peregrina-
ción estuvieron dignamente representados los
gremios, las asociaciones mutualistas, las cofra-
días, las conferencias de caridad, figuró tam-
bién una comisión de la V. Orden Tercera de
San Francisco; y, por conjunto, volvieron á
hacer pública confesión de fe y cristianismo
práctico nuestros humildes obreros é indus-
triales al lado de multitud de distinguidas fa-
milias queretanas y de otras poblaciones de la
diócesis.

En cuanto á la peregrinación precisamente,
fue en todo sobremanera feliz: todos los que
la emprendieron á pie, á trueque de penalida-
des y molestias grandes relativamente, pasa-
ron días de tanta tranquilidad y paz no conocida
del mundo que volverían á emprenderla mil
veces con todo y los achaques de la miseria

humana. La palabra del Sr. Rosas elocuente
y encendida en amor de Dios los nutrió diaria-
mente cómo maná del cielo, acrecentándose la
disposición y fervor de todos ellos por la unión
en espíritu con los que no pudieron verificarlas
y con los que después la verificaron, conducidos
por el Ilmo. Sr. Obispo, felizmente también,
sin contratiempos ni compañía de personas
inconvenientes.

Si fuera nuestro propósito, al escribir es-
tas líneas, hacer consideraciones, sobre inci-
dentes, incluso los incontables de que fueron
actores ó testigos nuestros romeros de á pie,
sería trabajo para un libro entero. La misa *pro
peregrinantibus*, la bendición y exhortación
del Sr. Obispo, la despedida, las encomiendas,
una meditación al travéz de los campos, un
rosario, un cántico espiritual, una exhortación
llena de amor de Dios y de Maria: la misma
familiar conversación santificada por el es-
píritu de romería, y el gozo apenas decible que
dejan en el corazón el cansancio y fatigas cor-
porales por amor á las cosas celestiales; todo
esto es para cristianos de cualquier lugar
y tiempo motivo de grande interés y santa
emulación.

Los queretanos con esos actos de divina sen-
cillez que parecen bagatelas, hemos vivido en
nuestros días de peregrinación guadalupana;
con sólo esas gracias pequeñas habríamos
tenido para reanimar el espíritu y para tra-

bajar con nuevo aliento de fe y esperanza en Maria por el remedio de nuestros males. Sólo el desahogo de nuestra alma ante la Santísima Virgen en su aparecida y milagrosa imagen, apiñados en derredor del Ilmo. Sr. Obispo, repitiendo el canto de alabanza de nuestros padres con el fervor religioso de mejores días, vale, no ya los trabajos de un viaje de penitencia, mil sacrificios que fueran, serían una nada para corazones que tienen hambre y sed de justicia y de bienestar sólido, ¿Y, por temor de aparecer pueriles, no harémos recuerdo de la solemne entrada de la Diócesis al recinto de Maria, cuando para todos es una especie de bienaventuranza que, á manera de ilimitadas aspiraciones cumplidas y colmo de gozo puro, labra tanta dicha en los ánimos queretanos?

¿A quién de los peregrinos no ha recreado en extremo este acto, vivísimo trasunto de gloria, ocasión inolvidable en que Maria se nos revela, y nos habla sin ruido de palabras, y nos permite columbrar de cerca su peregrina hermosura, no dejándonos en mera aunque deliciosa contemplación de sus gracias, sino haciéndonos partícipes del piélago de sus bondades? Y es que en esos momentos de culto público y para nosotros guadalupano, la personalidad casi desaparece en la forma de alabanza y de oración en comun; por cima de las imperfecciones individuales se levanta el espí-

ritu uno de toda una iglesia informado por la caridad, una también, y al encontrar á su objeto, que es Dios y nuestra madre Maria, las relaciones nuestras se perfeccionan por su enlace con las del cielo, ganando los corazones con la secreta infiltración de la gracia, grande acopio y hartura de bienes celestiales, cuya primera manifestación, cuando el pueblo es vírgen en sus creencias como México, es piedad sincera que por lo ingenua y libre de humanos respetos raya en infantil trato con Dios.

No se extrañe, por lo mismo, la ternura edificante ni la extremada animación filial de nuestras romerías guadalupanas, ni que siempre sean motivo de santificación para unas almas, para otras de adelanto espiritual, y, para todas, consuelo y lenitivo en este valle de lágrimas.

Miradas por otro lado mas general respecto de nosotros, nuestras peregrinaciones no son de poca estima ni lo serán en lo de adelante. El 2 de Julio para el pueblo católico de Querétaro, es ya una fecha gloriosa de imperecedero recuerdo, porque á la fiesta que conmemora tiene que apegarse forzosamente el espíritu de provincia, puro, sin mezcla de presunciones que suelen poner muy abajo la cultura de los pueblos menores. Viniendo otros tiempos, su resonancia crecerá cuando este dia sea registrado por el indagador de nuestras

costumbres, y venga á ser para los pósteros, si no centro ni punto de partida, sí algo que así parezca, y les ayude en sus varios campos de exploración histórica, si caminan, se entiende, detras de las pisadas y trabajos de otras gentes. Es gloriosa porque la fiesta es guadalupana; de grande trascendencia, porque en dos lustros, que se cumplirán el año próximo venidero, nuestras peregrinaciones diocesanas al santuario del Tepeyac se han repetido anualmente bajo del mismo plan y con el mismo objeto de la primera, todas ellas avaloradas por su carácter diocesano y oficial y respirando la misma fé del Pbro. D. Juan Caballero y Ocio de la que nuestro pueblo en cien ocasiones ha dado ejemplo brillantísimo. Romerías, como las nuestras de un pueblo representado en masa con su Obispo á la cabeza, que se dirigen al lugar, aquí en la tierra y para todo un país, de más dichas y consuelos, como punto de más comunicación con Dios, no acontecen sin dejar esparcidas en abundancia semillas de todo linaje de bienes cuyos frutos sazonará después el calor y rocío de la divina gracia. Como verdaderos acontecimientos conmueven profundamente á los pueblos, por ellas, algunas tendencias locales se determinan y se inician otras; y como éstas tengan fuerza y vida de Jesu-Cristo en Dios, su alcance es mas dilatado y el bien que comunican más duradero y de más estima.

Gran contento producen en nuestra alma estos pensamientos, porque teniendo nuestras peregrinaciones los visos de sucesos grandes, y componiendo ya una larga serie, casi nos fuerzan á presentir efectos saludables del movimiento que imprimen, y á esperar mucho bien en lo privado, pero más en lo público. Y no confiamos precisamente en la virtualidad de los acontecimientos (que si la tienen es porque de Dios mana y descende), ni para sostenernos en nuestras esperanzas buscamos como primero y seguro apoyo lo sucedido en otros siglos y regiones. No; es María, nuestra Señora de Guadalupe, — allí hacia donde fuimos, en el sitio dichosísimo de su morada en México; allí donde Dios por Ella es más con nosotros; María inmaculada, como entre nubes de gloria la vió Juan Diego sorprendido dulcemente con música de ángeles hermosísima — María, la misma que en copia maravillosa se quedó con nosotros en el Tepeyac por prenda de amor á los mexicanos, y precisamente así, es nuestra firme esperanza de vida y de virtud.

El orador sagrado que el 2 de Julio del presente año de 1894 habló con María de Guadalupe y con los peregrinos queretanos, ¡cuán feliz y oportunamente nos la mostró nuestra esperanza de vida y fortaleza! *¡spes vitae et virtutis!* Como que pensar así de María y mantener este sentir en el pueblo, es en gran manera consolador cuando hay que esperar de lo alto

todo soplo de regeneración pública en México, que, tan maltrecho por los desaciertos propios, lleva á tal grado encarrilada su vida moderna por los manejos tenebrosos que da espanto su porvenir, por mas que nos prediquen de otro modo engañadores ó engañados.

Bien sabemos que nos tocó vivir en el tiempo de llorar sobre los escombros de nuestra antigua grandeza; y porque lo sabemos, y porque, aunque nos tachen de pesimistas, hemos de lamentar siempre los tiempos que corren, nuestra esperanza crece con María; que si otros encuentran fácil arrimo y acomodo pacífico entre las ruinas de lo que fué, no ha de ser por miras levantadas, siendo notorio que nuestra manera de ser ni viene de lo que fuimos ni es lo que por imitación pudo haber sido. Circunstancias, influjos, dineros, apatía, elasticidad del derecho, muchedumbre de figuras pequeñas y ánimos apocados, con otros males, son lo que se vé en el centro y en derredor de nuestro suelo.

Hubo, sin embargo, en todos los ámbitos de nuestro territorio (y los hay todavía) hombres eminentes en los varios ramos del saber humano, algunos de juicio grave, doctísimos é ilustrados, de grande corazón y altas miras; y, con todo, el curso de nuestras cosas va todavía por el rumbo resbaladizo de nuestras desgracias, cada día más difíciles porque á pesar de ser más antiguas que la moderna situación de Europa, entre nosotros impera una

quietud fría sin ejemplo, y sólo dable donde el individuo no alcanza á ver, por aislado ó porque no se le permite, más allá del cercado de la heredad propia. Triste es decirlo, pero el sabio que nos visita y admira cristianos viejos en el hogar y católicos fervorosos en el templo, sólo en la esfera social no nos encuentra, orillados no tanto por las olas del poder dominante, cuanto por la poquedad de nuestro espíritu público. Así se explica nuestra vida reducida casi á las cortas y estrechas aspiraciones de familia, moviéndonos dentro de la sociedad como extranjeros, y cuando alguna vez nos lanzamos á mayor altura, ponemos al obrar el blanco muy alto comparativamente à lo poco con que damos comienzo, y no damos en la meta, ó sufrimos desaliento de muerte por contar con la experiencia de la vida de un hombre y no de los siglos, tropezando naturalmente con dificultades insuperables á un conocimiento meramente parcial del corazón humano. ¿A qué extrañar, después, en unas clases el desapego glacial de todo lo que por el catolicismo ennoblece y moraliza un pueblo, y en otras, la ignorancia de todo eso y la forzosa incuria y abandono? A qué extrañar en sociedades así, de miembros tan desligados, ora el menosprecio práctico de la fe y de la moral católica, ora la calumnia contra el clero y la difamación de los particulares, hasta en públicos espectáculos, impunemente, y

alguna vez (como ha sucedido ya entre nosotros) delante de lo más caracterizado y respetable en lo político y civil? Los pueblos que se disgregan moral y políticamente, por no tener grandes centros no aman los intereses generales, y entonces, los individuos y sus cosas son el tema de discursos las más veces ruines y causa de rencillas, que en tratándose del vecino, como no sea para su bien, no hay que esperar intentos desapasionados. Hacemos hincapié sobre esto, porque ya da en cara la circulación del anónimo y la caricatura, y la explotación miserable hasta del innoble y criminal gracejo de un bufón, y de un bufón aplaudido frenéticamente y honrado con el *bis* ¿acaso porque el subido gusto artístico de los interesados descubriese el puro y deleitoso placer estético en el *grande arte* de declamar chismes más inmorales que de arrabal? En tales ocasiones el mal apenas se destruye ó atenúa en algunos círculos de familia, y échase de ver con dolor que ni la sociedad como tal, ni lo que pudiera llamarse justicia pública se lastiman por tan punibles escándalos.

No se necesitan más concretos para convencernos de la ausencia de nobles y fuertes lazos de unión ni para acabar de conocer una cultura, sobre medioere, envilecida, con la que mal podemos esperar mejoría alguna ni menos tirando al positivo engrandecimiento del país.

Lo que dejamos apuntado no ha de ser bien

visto, por algunos nunca lo será, y si otros lo juzgaren inoportuno, no nos arrepentiremos de haberlo hecho como protesta siquiera débil. aunque ¿quién habla de sus esperanzas que no se acuerde de sus dolores y los lamente como le fuere dado? ¿Y nos será ilícito hacerlo así, cuando nos dirigimos á quienes atañe en causa común, y de quienes estamos seguros no discrepar sino por nuestro decir pobre y desaliñado?

En medio, pues, de tan graves males, para quien no se fije en el hombre sino en Dios, ¿cómo no ha de ser consuelo el movimiento nacional hácia María de Guadalupe? ¿Cómo no hemos de ver tras de las piadosas romerías guadalupanas, y aunque de léjos, alguna mudanza bienhechora? Por eso al contemplar las devotas caravanas que se agitan y renuevan en las faldas del Tepeyac, aliéntase el ánimo, y revive, y ocurre exclamar, pensando en el porvenir de la patria: !VERE CASTRA DEI SUNT HAEC!

J. Guadalupe Velázquez.